

La política del espacio

Denise Fay Brown¹

Resumen

En el presente artículo se analiza la relación entre lo social y lo espacial, pues es esta relación la que le da significado al propio espacio en el que se constituye el poder. Se analizan posiciones teóricas en las que se discuten categorías como dominación, jerarquía, resistencia, negociación, performance; todas éstas enmarcadas en un espacio, el cual se vuelve un recurso para reforzar y ejercer las relaciones de poder. Se incorpora al género para evidenciar la profundidad de ese ejercicio y reforzamiento. Finalmente se propone dirigir la mirada al poder asociativo, el cual representa una forma distinta de organizarse en el que no hay un esquema jerárquico sino que se trata de identificar un propósito común y potenciar el poder de los actores en conjunto para lograrlo.

Palabras clave: espacio, poder, poder asociativo.

Abstract

The politics of space

This article analyzes the relation between social and spatial aspects, since it is this relation that gives sense to the space itself in which power is constituted. Theoretical positions are analyzed based on categories such as dominance, hierarchy, resistance, negotiation, and performance which are discussed, and are framed within a space, which in turn becomes a resource for reinforcing and exercising power based relations. Gender is added in order to highlight the deepness of that exercise and reinforcement. Finally, it is suggested that we turn to associative power, that represents a different type of organization in which there is no hierarchical scheme, and is rather based on trying to identify a common purpose and boost the power of all actors in order to achieve success.

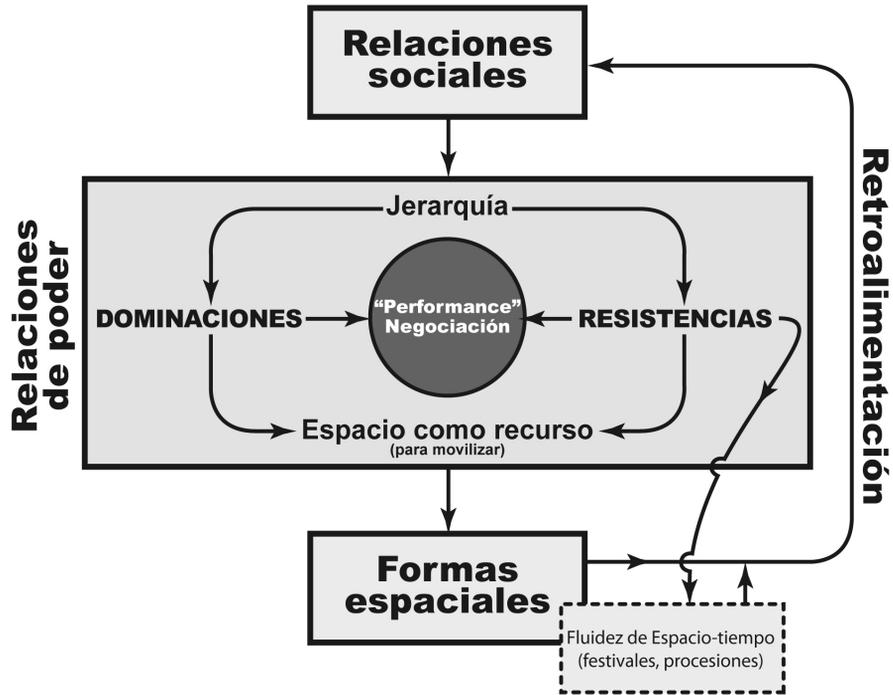
Key words: space, power, associative power.

Introducción

“El poder está por donde sea” dijo el famoso politólogo y filósofo Michel Foucault (1979:92), paradójicamente atribuyendo, y a su vez negando, un aspecto geográfico y espacial al concepto de poder. Está en el espacio, dice Foucault, pero no está ubicado. Así, el poder y el espacio se entienden mejor como *co*-dependientes; es decir, lo geográfico y lo político están entrelazados. En estas páginas se van a desglosar los aspectos claves de la relación entre lo social y lo espacial, enfocándonos en el concepto del poder. Todo deriva del hecho de que: (a) el poder emerge de las relaciones sociales; (b) los seres humanos quienes se relacionan, están ubicados en el espacio y atribuyen significados, asociaciones y usos a tales espacios; y (c) los mismos espacios influyen en las relaciones entre humanos y retroalimentan los vínculos de poder. La siguiente discusión se expresa en forma esquemática en las Figuras 1 y 2.

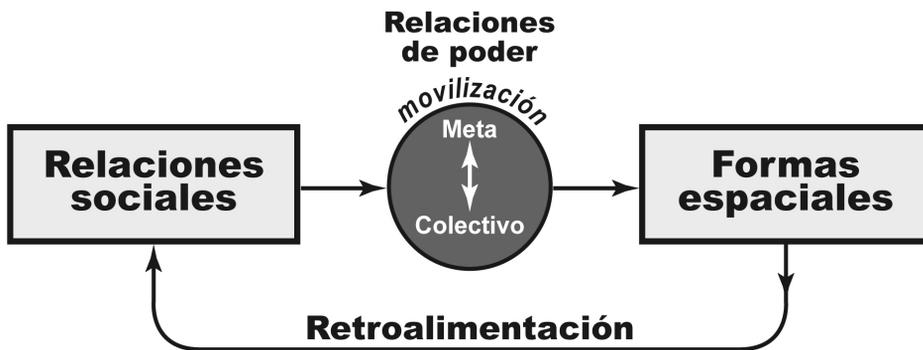
¹ Profesora-investigadora de la Universidad de Calgary. Correo electrónico: dfbrown@ucalgary.ca

Figura 1. El poder instrumental



Fuente: elaboración propia.

Figura 2. El poder asociativo



Fuente: elaboración propia.

Las relaciones sociales

Comúnmente se utiliza el término *poder* como si fuera un atributo o una propiedad, algo que se posee. Sin embargo, el poder se manifiesta por medio de las relaciones sociales. No se puede ubicar como un elemento fijo en el espacio, porque está íntimamente ligado con las interacciones entre seres humanos, mismos que sí manejan, diseñan, ocupan, y atribuyen significados al espacio. Entonces, el poder “activamente se constituye en el espacio” (Allen, 1999:201). La forma más conocida y reconocida de poder, se manifiesta en el control por medio de un individuo, grupo o institución de las acciones y decisiones de otros. Tal control se establece y se fortalece por medio del manejo de recursos —que van desde lo tangible (el capital, el equipo, el territorio, la gente) hasta lo intangible (el conocimiento, el espacio)— de tal manera que un grupo logra el resultado deseado (Allen, 1999: 199). En las sociedades complejas, las instituciones sociales perduran, así que existe una cierta inercia en los grupos que establecen control sobre recursos (incluyendo el espacio) y con esto, la habilidad de manejar las relaciones sociales a favor de sus metas, y de ahí la atribución de la calidad de poder a tales individuos, grupos o instituciones. El ejercicio del poder en esta forma contribuye, reforzado con retroalimentación, a su continuidad y persistencia (Allen, 2003: 22). El poder se aborda a partir de tres enfoques: a) las *prácticas* de poder que emanan del uso de conocimientos estratégicos en una situación dada; b) los *procesos* de poder, que son los métodos usados para llegar a la meta; y c) las *relaciones* de poder que recaen sobre las múltiples redes establecidas entre individuos, grupos e instituciones sociales (Sharp *et al.*, 2000: 21). Con el tiempo, estos tres aspectos del ejercicio del poder se consolidan y entrelazados juntos conforman un paquete resistente al cambio.

Los estudios más detallados sobre la codificación de relaciones de poder dentro de las instituciones sociales y los espacios, salen de la literatura feminista, con el enfoque sobre relaciones de género. Agarwal (1998), por ejemplo, analiza la manera en que se incrustan (“*embed*”) las desigualdades de género dentro de las instituciones sociales, de los espacios, y del acceso a los recursos que se movilizan para influir sobre la toma de decisiones. Describe cómo las vidas, tanto de las mujeres como de los hombres, se ven afectadas por los procesos de deforestación en el subcontinente, pero reconoce que debido a “las diferencias en sus respectivas responsabilidades, y la naturaleza de su dependencia sobre (los) recursos (forestales)” su participación en la toma de decisiones sobre su uso y manejo, es desigual. Los hombres por su género tienen más acceso a los espacios de decisión pública y a los recursos económicos que se pueden movilizar y activar en el foro político (Agarwal, 1998: 79). Así, pues, las instituciones sociales tienden a perdurar, codificando relaciones de desigualdad en el acceso a los recursos (incluyendo los espacios y los territorios), mismas que se manifiestan en la toma de decisiones y el ejercicio del poder.

La relativa inflexibilidad que nos ayuda a definir estos patrones sociales como “institucionalizados”, forma la base de la teoría de la estructuración (*structura-*

tion) propuesta por Anthony Giddens. Giddens traza una relación entre estas estructuras sociales y los diseños espaciales. Dice Giddens: “el espacio físico se organiza, marcándolo simbólicamente y por jerarquías, en acuerdo con categorías sociales como son la edad, el género, el estatus social y los valores espirituales” (citado en Pellow, 1996: 216). Así pues, emerge el concepto de las relaciones *socio-espaciales* y la idea de que el espacio retroalimenta a las relaciones sociales. En una dialéctica, el espacio es tanto constituido por las relaciones sociales, como un elemento que las constituye (Lawrence, 1996: 17).

Las relaciones de poder

Generalmente, consideramos al poder como un “monopolio de control ejercido por todo ... un territorio por un grupo social dominante” (Agnew, 1999: 176) llevándose al interés en la práctica política más obvia y estudiada: el poder del Estado. Sin embargo, Agnew propone que abramos nuestros campos de análisis porque en realidad las relaciones de poder se manifiestan en todas las prácticas sociales que se orienten hacia el logro de una meta (Agnew, 1999: 177). Existen distintas modalidades de poder, distintas maneras de participación o *agency* y, por extensión y como resultado, debemos observar diferentes expresiones espaciales dentro de las relaciones poder. John Allen, en su libro *Lost Geographies of Power*, propone cinco. Allen distingue entre el ejercicio de dominación, el de coerción, el de autoridad, el de incentivo (*inducement*), y el de seducción (Allen, 1999: 36, 205). Cada uno implica estrategias distintas dentro de la relación en sí, y por extensión, muy distintas posibilidades de parte de las personas involucradas. Por ejemplo, bajo la estrategia de dominación, se espera el posible uso de la fuerza, y así se entiende que el dominado cuenta con pocas opciones para resistir. En contraste, bajo una estrategia de seducción, se entiende que el ciudadano tiene la opción de no ser seducido, sin esperar acciones opresivas por su no cumplimiento. También, mientras que el ejercicio de dominación implica una situación de relativa permanencia, apoyada por la institucionalización del poder, el ejercicio del poder por la coerción, tiene una temporalidad distinta, siendo ésta más volátil o temporal, que Allen llama de “episodio” (Allen, 1999: 207). La institucionalización de la estrategia de poder, implica un control más marcado y duradero de los recursos (tanto tangibles como intangibles) para movilizarlos en apoyo a la toma de decisiones. El ejercicio de este tipo de poder es más resistente al cambio, es más estable.

Debido a estas diferencias y distinciones entre modalidades y recursos disponibles para ejercer el poder, Giddens propuso que se separe el análisis del poder en dos categorías: propone que separemos analíticamente el poder que capacita la toma de decisiones, del poder que limita el espacio de toma de decisiones (Giddens; citado en Allen, 1999: 200). El primero se llama el “poder de hacer” (*power to*), el poder que capacita la toma de decisiones; mientras el segundo se llama por Giddens el “poder de dominar” (*power over*). El último, el más complejo, se mezcla con todas la modalidades para llevar un grupo a lograr las metas deseadas. Así

emergen los procesos hegemónicos que aseguren una administración utilizando los varios modos de ejercer el poder, para lograr tanto la coerción como el consentimiento de los gobernados (Mallon, 1995:6). Al mismo tiempo se puede evidenciar cómo los recursos y los privilegios se distribuyen entre los que entren en las relaciones sociales y de poder. Especialmente en un sistema de poder ejercido por dominación, tal distribución tiende a ser desigual, y por lo tanto, se destacan la desigualdad y las jerarquías, dentro de las relaciones sociales, políticas y espaciales en la sociedad compleja (Staeheli, Kofman y Peake, 2004: 8). El ejercicio del poder de dominar en estas circunstancias, se conoce como poder instrumental, y se distingue del poder de hacer que es más colaborativo y que se conoce como un poder asociativo.

La jerarquía

El concepto de jerarquía es clave para el entendimiento del poder instrumental, porque en la estratificación de acceso a recursos requeridos para la consolidación de las acciones de poder, se marca una importante distinción entre los que dominan y los que no dominan. Los primeros mantienen un acceso privilegiado a los conocimientos, las tecnologías, los recursos materiales, los espacios sociales y los lugares físicos que sostienen a su proyecto político, incluyendo la identificación de las prioridades de acción. No es sorprendente que este tipo de poder establecido, formalizado y sostenido institucionalmente, esté normalmente reconocido como el oficial y legítimo. Pero lógicamente, la existencia de un sector dominante implica que exista un sector dominado; es decir, requiere de un sector subordinado. Ahora bien, es importante reconocer que los esfuerzos de imponer una agenda por parte de los dominantes por medio del control de la toma de decisiones, *sí* enfrenta distintas reacciones de parte de los dominados. Es decir, en el análisis final, las relaciones de poder son *relaciones sociales*, significando la necesidad de la comunicación y el intercambio. Entonces, como el poder no es un hecho, finalmente el ejercicio de poder implica la negociación con los dominados, existiendo la posibilidad de acción propia (*agency*) de parte de ellos mismos.

Aunque las jerarquías estén reforzadas por el control de recursos, no son de todo estables, debido a que existe la posibilidad, aunque sea remota, de desestabilizar la posición de los dominados (y por lo tanto, la jerarquía).

Las dominaciones

Como hemos dicho, el grupo dominante tanto define como controla los recursos claves. Como destaca Agarwal en su estudio de género y poder, los que tienen poder definen lo que vale y lo que es importante para todos. Aseguran que lo que ellos hacen y los recursos que ellos controlan se consideren como lo de más valor en la sociedad. En el caso del subcontinente, Agarwal muestra cómo “lo que hacen las mujeres, se valoriza menos de lo que hacen los hombres” así reforzando y con-

solidando las relaciones de poder por género (Agarwal, 1998: 55). Tales valores llevan también a la reproducción social de estas instituciones sociales, favoreciendo y reforzando así lo estático del mismo sistema social.

El poder instrumental y jerárquico funciona de tal forma que, según Henri Lefebvre, “se limitan las posibilidades a las personas, se imponen restricciones, y se construye un sistema en dónde se les hace muy difícil hacer otra cosa que someterse a la voluntad dominante” (Allen, 2003: 166). El grupo dominante también define “el centro”, siendo el sitio de privilegio de dónde salen los mensajes de control, “confirmando límites y fronteras, asegurando normas, y tratando las convenciones sociales como si fueran hechos innegables” (Duncan y Ley, 1993: 5). Este equipo controla el discurso de poder, y define las representaciones; es decir, el grupo dominante construye una hegemonía que intenta (y a menudo logra) garantizar su propia reproducción. El acceso al “centro” se controla con reglamentos de exclusión y de acceso a recursos, mismos que incluyen los espacios tangibles e intangibles de poder, así como los recursos materiales y simbólicos. Los espacios se codifican, también, estableciendo en dónde las personas tienen “su lugar”, y en dónde se pueden encontrar “fuera de su lugar”. El ejercicio de poder en este sentido, se ha estudiado mucho en el contexto poscolonial, especialmente en casos en donde los cambios recientes en ciertas partes del mundo, han generado conflictos por las contradicciones en la organización de los espacios políticos heredados de la situación anterior de colonización.

En lo que se ha llamado “epistemologías enterradas” (Willems-Brown, 2004: 328), se expone cómo los conceptos que apoyan a las estructuras de poder resultan ser aceptados como “naturales” o normalizados, sin problematizarlos. Se considera el *estatus quo* como parte de la normalidad y del *sentido común*. Por ejemplo, el proyecto colonial logró controlar el paisaje de la colonia en muchas partes del mundo, por medio de la reterritorialización, de la racionalización del paisaje, del mapeo oficial, de la recategorización de su geografía física y humana, y por la descripción oficial de los recursos de valor para quienes ejercían el poder dominante (Casid, 2005: 191). En la rehabilitación de sus paisajes en el periodo poscolonial, se ha intentado regresar a los paisajes, “contracoloniales” (*countercolonial*); es decir, a los conceptos y principios de paisaje manejados y compartidos entre la mayoría dominada y colonizada. Es un intento de recuperar los espacios designados y poseídos por los colonizadores, invocando el “mito del espacio vacío”, identificando así los paisajes supuestamente disponibles a la reclamación y la posesión por el proyecto colonial (Casid, 2005: 192).

La resistencia

Ahora bien, la dominación no existe sin tener dominados y sin expresiones de la resistencia. En efecto, son mutuamente constituidos en lo que se ha llamado “las circulaciones de poder” (Sharp, *et al.*, 2000: 1). El poder emanando del sector dominante puede ser el más notable, concentrado, y observable en las acciones

y en las decisiones, más no es el único poder. El poder de resistir representa una forma de poder, según Sharp, *et. al.* (2000: 2). Aunque por definición es más difuso, es decir, distribuido, sí crea tensiones y puede ocasionar conflictos a la vez cuestionando las formas dominantes de control y retando su aparente estabilidad. En algunos casos, los movimientos sociales llegan a representar un desafío a lo dominante, logrando la subversión de una ideología hegemónica que apoya a los dominantes y a la idea de jerarquía. Los movimientos sociales pueden movilizar su poder para exigir la justicia social y/o espacial, reclamando acceso más justo o democrático a los espacios de decisión, a la producción de conocimientos, y a los mismos recursos tangibles y no tangibles que se movilizaron en apoyo al sistema dominante.

Una estrategia espacial para comunicar resistencia y realizar un espacio alternativo fuera de la vigilancia, es la *heterotopia*, espacios “más allá del compás normal del poder”. Son espacios que existen debido a la misma existencia de los espacios hegemónicos, y de ahí la idea de la estrecha relación entre espacio y política (Sharp, *et al.*, 2000: 30).

La negociación y el performance

Planteamos entonces una dualidad entre las fuerzas de dominación y las de resistencia; y además, que cada una se define en relación con la otra. Se relacionan, y en forma esquemática se podría imaginar un punto o un espacio de negociación entre las dos; es decir, un punto de contacto, y de arbitraje, entre los dos sistemas: el dominante y el de la resistencia a tal dominación. El contacto toma varias formas. Una podría ser la subversión activa y deliberada de los códigos del dominante, por ejemplo, llevando personas y actividades “fuera de lugar” en forma de acciones (*performance*) diseñadas específicamente con la intención de desestabilizar los códigos dominantes. En lo específico, pueden activar modos alternativos de usar el espacio u otros recursos (Allen, 2003: 165). Tales estrategias de resistencia, orientadas hacia la subversión de los códigos dominantes y hegemónicos del espacio, se han llamado “prácticas geográficas” de lucha, mismas que incorporan y lanzan nuevos significados alternativos de disensión. Su propósito principal es el de desarrollar y lanzar una visión crítica junto con un nuevo discurso alternativo. A menudo es precisamente el espacio físico, el recurso movilizado para tales luchas, en su propósito de redefinir los territorios, los límites, las barreras, y las exclusiones, impuestos y manejados por el sistema de poder dominante. Tales acciones de resistencia pueden resultar en la producción de espacios conflictivos (*contested*), temporal o permanentemente, y con suerte producen nuevos espacios híbridos, caracterizados por códigos mixtos.

La relación, la comunicación, la articulación, el diálogo, el debate, y la lucha o bien la conciliación entre lo dominante y los que resisten, tienen lugar tanto en los espacios tangibles como los intangibles. La toma de espacios para realizar actividades que expresan la resistencia, puede entenderse como la actuación

(*performance*) de la relación problemática de poder. Mientras que las estrategias dominantes tienden a utilizar el espacio territorial con límites defendibles y reglas de exclusión, las estrategias de resistencia, en contraste, tienden a movilizarse por medio de las redes y los vínculos (*networks*). En su uso distinto de espacio para encontrar el punto de contacto, los espacios están negociados.

El espacio como un recurso para movilizar

En resumen, las fuerzas de dominación y la reacción de resistencia, movilizan el espacio en distintas maneras. El sistema dominante se concentra en la definición y la normalización (*normalizing*) de los espacios, por medio del conocimiento, la representación oficial, y el mapeo oficial. Así hacen legítimo su ordenamiento espacial, la vigilancia (*surveillance*) de los espacios y su usuarios, y el control de la definición y aplicación de los principios de exclusión. El sistema dominante define el “centro”, y por ende, define lo marginal y lo fuera de lugar. El espacio dominante se vuelve tanto “un recurso para reforzar las relaciones de poder, como a su vez parte del medio por el cual se ejerce el poder” (Allen, 2003: 11). Así llega a proyectar una estabilidad y un carácter duradero (Allen, 2003: 23).

Por su parte, la resistencia se concentra en estrategias más difusas tanto en la organización política como en sus formas espaciales. Sin fácil acceso al recurso espacio definido, movilizado y controlado por las fuerzas de dominación, la resistencia entra en él por medio de las transgresiones espaciales, por los márgenes del espacio dominante, y por las geografías contracoloniales (*countercolonial*), retando así, desde la orilla, los principios de organización y legitimación espacial del sistema dominante. En las palabras de Allen (2003: 166), “el poder es inseparable de los efectos del mismo poder”. La construcción de espacios (materiales o efímeros) resulta ser central a la edificación de un sistema de relaciones de poder (Sharp, *et al.*, 2000: 25). La relaciones sociales y políticas se manifiestan en el espacio, y la representación de los espacios se maneja por medio de las relaciones de poder (Sharp, *et al.*, 2000: 26).

A pesar del hecho de que se observen espacios de resistencia, además de los espacios de dominación, cabe destacar que los últimos son más amplios, más valiosos, en los términos oficiales y hegemónicos, y más estables que los espacios disponibles para la resistencia. Es decir, para el sistema oficial y dominante, en el modo de poder instrumental, el control y definición del valor de los espacios, tanto tangibles como intangibles, sí le proporciona un fuerte apoyo a las estructuras sociales y políticas, y sí les asegura una cierta estabilidad. Por otro lado, los espacios disponibles para la movilización del “poder” de la resistencia, son relativamente pobres, fragmentados, inestables y de corta duración.

Formas espaciales

No existen lugares (*places*) neutrales, porque todo sitio tiene un significado. Hasta cierto punto, los lugares estructuran, o por lo menos influyen, en las prácticas y las relaciones humanas. Muchos de los significados asociados con los lugares, se han producido por medio de la interacción entre los dominantes y los que llevan la resistencia. Según Sharp *et al.* (2000: 18), el espacio no es inerte sino presenta un medio activo, en donde relaciones difíciles de percibir por lo abstracto, pueden detectarse en una forma más material y concreta. Las luchas de poder se manifiestan en el espacio, en forma de “espacializaciones”, mostrando así que el espacio es más que un escenario pasivo. Los espacios codifican prácticas espaciales y sociales, y en una diálectica, tienen la posibilidad de influir en las mismas; se producen y se articulan mutuamente (Sharp, *et al.*, 2000: 28). Por ejemplo, los espacios que caracterizan las fuerzas dominantes pueden ser, en el caso de nuestras sociedades, los territorios definidos y defendibles, los centros urbanos, y los corredores industriales, cada uno demostrando aspectos de las relaciones de poder, que a su vez forman estos paisajes socioespaciales y de significado (Daniels, 2004: 17). Y estos paisajes tienden a persistir a pesar de la resistencia. Así, pues, se codifican y comunican las desigualdades y las injusticias dentro de los mismos espacios. Se producen espacios “autoritarios” derivados de una cierta modalidad de poder.

Sin embargo, también existen huecos en el sistema socio-político-espacial dominante, y se encuentran lugares vulnerables a la crítica y a la reforma de las relaciones. Existen espacios alternativos, y usos espaciales no oficiales, en donde se plasman relaciones sociales y políticas no convencionales y alternativas. A veces son espacios que inviertan las relaciones dominantes, y dan voz (y/o espacios) a los desamparados, los invisibles (Low and Zuniga, 2003: 22). Si se llega a la movilización espacial con propósitos políticos o de desestabilizar el ejercicio de poder, ésta se manifiesta por la toma de los espacios oficiales, su ocupación física, o bien su re-apropiación (esto último, especialmente en el contexto poscolonial). En seguida estos espacios se someterían a un reordenamiento siguiendo principios sociales, políticos y (por ende) espaciales distintos a los de las fuerzas de dominación. Formas cotidianas de esta movilización espacial y los intentos de construir formas espaciales alternativas que retan a la organización política-espacial dominante, pueden ser las procesiones rituales o religiosas, las demostraciones políticas en lugares públicos, los desfiles, el teatro popular, o bien la ocupación de las calles por la gente “sin casa” (*homeless*) en las sociedades industriales del hemisferio del norte. Durante las celebraciones de Carnaval, por ejemplo, a menudo existe una inversión de algunos símbolos y significados oficiales, un “disturbio de las distinciones jerárquicas y de las barreras, normas y costumbres oficiales, y del ordenamiento de espacio y de tiempo, y de formas de coacción política” (Johnson, 2006: 83).

La fluidez de estos espacios en términos temporales caracteriza los espacios como un recurso político de los sectores no dominantes. Esto nos lleva a la con-

sideración de los espacios alternativos, que aunque no formen parte de una resistencia *per se*, sí caen fuera de la vigilancia, de la imposición de las reglas, y de las representaciones e ideales oficiales y dominantes dentro del sistema de poder instrumental. Ahí pues, pueden también considerarse ciertas procesiones, festivas, y la gente que vive en forma nómada. Denominados *heteropias*, estos espacios pueden ofrecer “rutas de escape” de los espacios y relaciones cotidianos (Johnson, 2006: 86), aunque por sí mismos, no representan un desafío al sistema dominante.

La retroalimentación

Como se ha mencionado, las formas espaciales tienen su propia “práctica de acción” (*agency*). Debido a los mensajes codificados en su organización, su ordenamiento, y su simbología, los espacios influyen en el usuario. Es decir, los espacios mismos suelen activar ciertos usos, y hasta cierto punto estructuran las relaciones sociales que tienen lugar dentro de ellos. En un sistema de poder instrumental, bajo los principios de jerarquía y de monopolio en la movilización de algunos recursos, los espacios también codifican aspectos de vigilancia, como es el caso en el diseño del panóptico. El poder del espacio de influir en las actividades que toman lugar por las mismos códigos dominantes que comunican, es una forma de retroalimentación hacia las mismas relaciones sociales (y por lo tanto, políticas) que conducen a su diseño en el primer momento. De nuevo, se evidencia lo difícil que es separar lo espacial de las relaciones políticas y sociales que “tendrán lugar”. Efectivamente, los espacios llevan significados implícitos que se movilizan como recurso para consolidar los proyectos de poder. Eso es debido al hecho de que los espacios públicos se controlan, se representan, y se imbuyen de significados por el sistema dominante. Se producen formas espaciales en acuerdo con el sistema, en acuerdo con los principios del sistema dominante, y ahí el sistema se reproduce. En el proceso de su reproducción, se retroalimenta de nuevo con las relaciones sociales y se refuerza el sistema, haciéndose aún más duradero. Esto, a menos que las formas alternativas de movilización, expresión y diseño espacial, crezcan en tamaño e importancia, y puedan llegar a desestabilizar el proceso de retroalimentación socioespacial necesario para la reproducción del sistema oficial y dominante. Existe fluidez, existen huecos y se pueden identificar vulnerabilidades, en cualquier sistema. El balance (o ausencia de balance) entre lo dominante y la resistencia, y la cantidad y calidad de la actividad en los espacios de negociación y *performance* determinará la solidez o inestabilidad del sistema de poder instrumental.

Ahora el segundo tipo de poder que se planteó al principio, que contrasta con el poder instrumental (o poder sobre) es el poder asociativo. También esta modalidad de poder tiene una asociación espacial.

El poder asociativo

El poder asociativo, o poder de hacer (*power to*) representa una forma distinta de organizarse para lograr metas. Allen lo describe como “la posibilidad de acción colectiva y corporativa” (Allen, 1999: 209). El poder de hacer no se ejerce en un esquema jerárquico, ni tampoco recae sobre la noción de dominar. En contraste, se arraiga en la idea de identificar un propósito mutuo o en común, de incrementar el poder de los participantes en su conjunto, y de movilizar el entorno hacia una problemática compartida (Allen, 1999: 210-211). Es un poder que se ejerce y se moviliza solamente en torno a una acción mutua, a base de relaciones sociales horizontales, y no verticales, como fue el caso del poder instrumental (Allen, 2003: 53). El poder asociativo, entonces, sale de la movilización de un colectivo para realizar una acción que lo llevará a una integración fortalecida; de ahí viene la fuerza política, o el poder.

El poder asociativo es mucho menos estudiado que el poder instrumental, que como mencionamos, se manifiesta predominantemente en forma del Estado, caracterizado por una gran movilización de recursos para consolidar un proyecto político de gran escala. En el caso del poder asociativo, los recursos movilizados en apoyo a la relación política, suelen ser menos. Es importante destacar que en el mundo de hoy, el poder asociativo casi siempre aparece anidado dentro de las circunstancias del poder instrumental. Por esa razón es difícil discernir la consolidación de un proyecto de poder usando esta estrategia, pues los espacios y recursos más importantes para el grupo dominante ya se han apropiado y se han controlado por parte de ese mismo grupo. Sin embargo, y haciendo referencia de nuevo al trabajo sobre género de Agarwal (1998), recordamos que sí existen recursos y espacios descartados como marginales y sin importancia, para el proyecto dominante. Agarwal arguye que el ejercicio del poder dominante en el mundo actual, a menudo se refiere a un proyecto masculino, pero que existen espacios y recursos que caen fuera de tal proyecto político. Observa que, lejos de ser efímero o irrelevante, el poder asociativo se ejerce con mucha frecuencia dentro de los espacios femeninos, por ejemplo, los de la familia. Con referencia a los espacios domésticos, Bahloul (1996: 10), define la casa-hogar como un espacio que refleja y comunica las relaciones sociales, en un orden social que contrasta con la lógica del poder instrumental. Dice: “la memoria de la casa original es la representación del arquetipo del orden social”, “como la metáfora de la seguridad colectiva”, y “como un refugio de la cohesión social” (Bahloul, 1996: 129-131). Son conceptos contrastantes a los principios del espacio jerárquico y el orden opresivo que caracterizan el poder instrumental.

A su vez, y en una forma paralela al proceso de retroalimentación socio-espacial dentro del modelo de poder instrumental, el espacio doméstico, según Bahloul, “se basa sobre todo en las prácticas dentro del espacio como se articula a través de las interacciones repetidas y reiteradas de sus agentes”, y continúa: “la casa existe no como un símbolo de los logros pasados, sino como el modelo de un pasado

ideal proyectado hacia el futuro” (Bahloul, 1996: 134,136). Simultáneamente, se constituye el espacio, las relaciones sociales de colaboración, y la identificación de un proyecto social corporativo, junto con las relaciones de poder asociativo. El ejercicio del poder asociativo deriva de la colaboración entre los miembros del grupo y la toma de decisión en conjunto en forma horizontal.

Conclusión

El poder sí está por todos lados, como bien propone Foucault, formando el espacio y a su vez formado por el espacio. El poder es efímero porque, lejos de ser una propiedad o una calidad que se posee, es simplemente el resultado de las relaciones sociales estructuradas, con motivo, y con los recursos que se movilizan en su apoyo. En el caso del poder instrumental, son recursos manejados de tal forma que crean desigualdades e injusticias; los que resisten consolidan su poder de los recursos retomados del proyecto dominante. El poder asociativo se relaciona con el logro de una meta definida por un colectivo, frecuentemente movilizándolo recursos marginales al proyecto dominante, como pueden ser los espacios de la familia. El espacio tiene un sentido sumamente político. En las palabras de Pellow: “El hecho de que a una persona o a un grupo se les de acceso a un espacio, y según la naturaleza de ese espacio, puede sentirse otorgado con poder (*empowered*) o bien rendido e impotente” (Pellow, 1996: 221). Los estudiosos del poder muy bien podrían utilizar el acercamiento de espacio, para buscar los significados y las estrategias del proyecto del poder. A su vez, los estudiosos de espacio podrían elucidar el ordenamiento, la representación, las estructuras, las reglas de acceso, la vigilancia, la valorización, y la resistencia espacial, enfocándose en la relaciones sociales y políticas que tendrán lugar ahí; ya que existen en una relación de retroalimentación y simultaneidad. Es una imbricación muy compleja, pero ofrece la posibilidad de elucidar procesos sociales y políticos de suma importancia para el entendimiento de los muchos conflictos e injusticias que existen en el mundo de hoy.

Bibliografía

- AGARWAL, Bina (1998). “Environmental management, equity and eco-feminism. Debating India’s experience”, en *Journal of Peasant Studies*, vol. 25(4), pp. 55-95.
- ALLEN, John (1999). “Spatial assemblages of power: from domination to empowerment”, en D. Massey, J. Allen y P. Sarre (eds). *Human Geography Today*, Polity Press, Cambridge.
- ALLEN, John (2003). *Lost Geographies of Power*, Blackwell Publishing, London.
- BAHLOUL, Joelle (1996). *The Architecture of Memory*, Translated by Catherine de Peloux Menaje, Cambridge University Press, Cambridge.
- CASID, Jill H. (2005). *Sowing Empire. Landscape and Colonization*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

- DANIELS, Stephen (2004). "Marxism, culture, and the duplicity of landscape", en Nigel Thrift and Sarah Whatmore (eds.), *Cultural Geography. Critical Concepts in the Social Sciences*, vol. II, Routledge, New York, p. 17.
- DUNCAN, James and David Ley (1993). *Place/Culture/Representation*, Routledge, New York.
- FOUCAULT, Michel (1979). *The History of Sexuality, An Introduction*, vol. 1, Allen Lane, London.
- JOHNSON, Peter (2006). "Unravelling Foucault's 'different spaces'", en *History of the Human Sciences*, vol. 19(4), pp.75-105.
- LAWRENCE, Roderick (1996). "The multidimensional nature of boundaries. An integrative historical perspectiva", en Deborah Pellow (ed.), *Setting Boundaries. The Anthropology of Spatial and Social Organization*, Bergin & Garvey, Westport, Conn, p. 17.
- LOW, Setha and Denise Lawrence-Zuniga (2003). "Locating culture", en Setha Low and Denise Lawrence-Zuniga, *The Anthropology of Space and Place*, Blackwell Publishing, Oxford.
- MALLON, Florencia (1995). *Peasant and Nation*, University of California Press, Berkeley.
- PELLOW, Deborah (1996). "Concluding thoughts", en Deborah Pellow (ed.), *Setting Boundaries. The Anthropology of Spatial and Social Organization*, Bergin & Garvey, Westport, Conn.
- SHARP, Joanne, Paul Routledge, Chris Philo and Ronan Paddison (2000). *Entanglements of Power: Geographies of Domination and Resistance*, Routledge, London.
- STAEHELI, L.A., E. Kofman and L.J. Peaje (eds.) (2004). *Mapping Women, Making Politics* Routledge, New York.
- WILLEMS-BROWN, Bruce (2004). "Buried Epistemologies", en Nigel Thrift and Sarah Whatmore (eds.), *Cultural Geography. Critical Concepts in the Social Sciences*, vol II, Routledge, New York, p. 328.

